

Laila en la oquedad

(Epistolario)

Por María Cruz Silvia Núñez Pérez

Fotos: Luis Ángel Velázquez Vega



QUERIDO GAMA:

Siento que somos sombras que se diluyen conforme pasan las horas. Los minutos se escurren entre los dedos y resbalan hasta caer en el vacío de nuestras almas ávidas de palabras, sonrisas y abrazos furtivos.

Mis pasos se hunden en la soledad de una tarde de lluvia que se lleva los pensamientos perniciosos, los deseos anhelados, los sueños inacabados en los que por lo menos nos permitimos ser y en los que recreamos fragmentos de la vida que realmente quisiéramos vivir: lejos de la agonía de un día que se diluye como nuestro pensamiento.

Amaneció con la misma lluvia de ayer; el aire frío golpea mis mejillas. Busco en el cielo la paz anhelada para este corazón maltrecho. Sigo de pie; me mantengo en la batalla.

Recibe un abrazo desde este lugar en el que el canto de los pájaros de copete rojo me saca de este ensimismamiento y me recuerda que hay que seguir respirando.

Laila



LAILA QUERIDA:

He meditado mucho las situaciones y he llegado a una conclusión: somos seres a quienes les pesa la propia sombra.

Que hasta la sombra nos pese no es necesariamente algo negativo; esa sombra arrastra anhelos, debilidades, soledades de las más tenaces, proyectos deshechos y vueltos a armar, inquietudes y retos. Es un privilegio compartir el peso de nuestras propias sombras, si no sería como si la cruz que Jesucristo cargó camino a su martirio hubiese sido liviana.

Me sigo sintiendo estancado, atrapado en un activismo del que a veces no puedo salir y cada vez que veo el reloj y el calendario es una hora y una fecha distinta. Veo hacia atrás el camino recorrido y todo se esfuma de mis manos como arena de mar, entonces reflexiono y trato de hacer ajustes; los hago y caigo de nuevo en un círculo de acción mayor. Confieso que la nostalgia me está consumiendo y mi corazón se seca, al igual que mis palabras, en un desierto bochornoso y sin salida.

Hoy me veo en uno de los puntos más distantes a la creación de una obra; siento que de mis yemas no salen las palabras a granel como lo hacían cuando me sentaba frente a una PC o cuando tenía una libreta en la mano. Creo que los años de soledad me han alcanzado, me han atrapado y me han vencido. Te envío un fuerte y cálido abrazo, deseo leerte pronto.

Gama

QUERIDO GAMA:

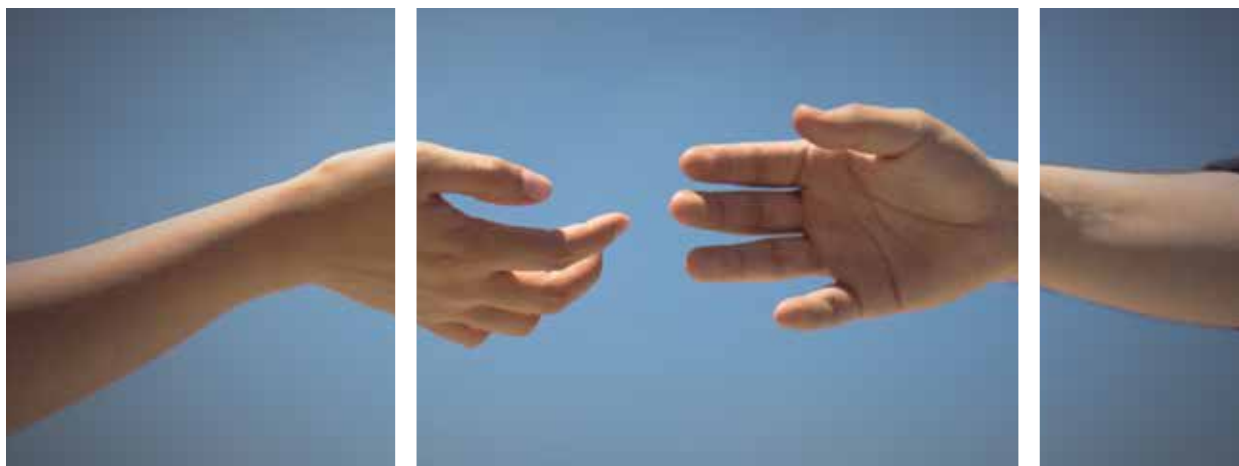
Escribo desde este lugar en donde el aire frío continúa. Te leo y la nostalgia carcome este corazón envejecido. Si bien deberíamos sonreír a la vida, las circunstancias o lo que nos rodea no lo hacen posible. Respirar se ha convertido en un hábito que intento habitar sólo por la inercia de hacerlo.

No sé si a esta edad entra uno en una etapa de letargo, porque no siento el tiempo. Cierro los ojos e imagino mi infancia; ahí todo era distinto, o por lo menos así lo visualizo: alguien me cuidaba y no tenía idea de que crecer doliera tanto. Quisiera ser invisible, leer el pensamiento de las personas y hacer sólo lo que les haga sentir bien; corresponder con una sonrisa y recordar que no estaremos aquí para siempre, que algún día moriremos y que estuvimos lamentando lo que otros nos hacían y nada hicimos para cambiar esa historia. Me gusta saber que en ella hay otro personaje: tú.

Espero leerte pronto.

Te saluda, *Laila*

HE MEDITADO MUCHO LAS SITUACIONES
Y HE LLEGADO A UNA CONCLUSIÓN:
SOMOS SERES A LOS QUE LES PESA LA
PROPIA SOMBRA



LAILA QUERIDA:

Estoy en una de las tantas ciudades de nuestra América Latina. En los paseos me pongo a pensar en lo fácil que es ser igual a todos los hombres, basta con sentarse y listo. Un hombre de Chile es igual a uno de aquí, y seguramente a un mexicano cuando no hay una perspectiva universal de la vida, sino un impulso casi animal por caminar hacia donde apunta la nariz. Confieso que siento miedo de pertenecer a ese montón; temo no saborear la mayor cantidad de literatura posible, de no poder un día sentarme contigo e intercambiar pensamientos, adivinar lo que pasa por la cabeza del otro, moldear una idea como si fuera una nube y depositarla en el subconsciente del otro para que en los sueños brote, se extienda y dé frutos.

Mi corazón estrena por fin una cicatriz; la herida ha sanado y ahora ve con orgullo la depresión que en él se extiende como trofeo de una batalla que duró años y que al fin se gana, no antes de haber derramado mucha sangre.

Mañana que llegue a mi país seré un hombre distinto, más experimentado; no cometeré los mismos errores, intentaré ser mejor y sé que con tu ayuda a distancia lo lograré. Recibe un abrazo desde el confín del mundo.

Gama

QUERIDO GAMA:

Hoy es un día fresco y con un cielo resplandeciente. Los viajes siempre nos permiten encontrar algo distinto. El tuyo te permitió tener una visión más de que el ser humano es el mismo, se tengan o

no expectativas. Somos eso: animales guiados por el instinto; desgarramos el alma del otro sin misericordia y nos lamemos las heridas a la espera de cicatrices nuevas. La historia da muestras fehacientes de que nuestro paso por la vida es efímero y, al igual que tú, me da temor no despertar un día y no haber dejado huella de mi existencia.

Como la nostalgia anida en el hueco de mi mano, trato de no detenerla tanto y la lanzo de vez en cuando a los rieles del tren del olvido. Así intento renovarme, así escribo para ti tratando de dejar el rastro de una sombra impetuosa, pero con la firme idea de que el aliento de vida que me queda sea para ser una mejor persona. Saludos, sigo a la espera de tu cálido abrazo a través de la palabra.

Laila



María Cruz Silvia Núñez Pérez es licenciada en Letras Españolas por la UAEM y maestra en Intervención y Gestión Educativa. Actualmente es jefa del Departamento de Titulación y docente de Nivel Medio Superior y Superior en el Instituto Universitario Franco Inglés de México (IUFIM), profesora del Nivel Superior en la Universidad Estatal del Valle de Toluca (UNEVT) y correctora de estilo editorial.